

na de toda necesidad: aquí se entró la Reyna del mundo, y muy contenta por tener ya puesto en salvo á su Santísimo Hijo, que era su total cuidado; porque de las conveniencias propias ninguno le daba. Aprende de tu Señora á ahorrar de cuidados, y reducir todas tus ansias á conservar á Dios en tu alma, acomodándote por amor á todo trabajo, pobreza, y descómodidad.

170. Considera los trabajos de pobreza, y necesidad con que nuestra Señora peregrina: vivió por tiempo de siete años entre aquellos bárbaros, y especialmente aquellos primeros años; porque primero que alcanzó para pagar la casa, y comprar aquello muy necesario para vivir en ella, se pasó mucho tiempo. Aquellos primeros dias, antes de hallar en qué trabajar, vivían de limosna: ¡ cuántos se les pasaron en ayunas! ¡ cuántos sin tener un palo de leña que quemar, ni un jarro en que traer un poco de agua! ¡ cuántas noches pasaron á obscuras, y durmiendo en aquel suelo desnudo! Y despues de haber hallado en qué trabajar, piensa sus desvelos: nuestra Reyna cosiendo, hilando, y labrando; y el Santo Joseph sudando en su trabajo desde la mañana á la noche. Mira lo que le cuesta al Señor de destierros, de peregrinaciones, de trabajos, sustos, y miedos,

hambre, sed, pobreza, afanes, y sudores, y mira lo que te ha costado á tí. Piensa lo que has hecho tú por conservar al Señor en tu alma; y hallando que antes te has desvelado por perderlo, llora tu ceguedad.

171. Considera como pasados tres años, ya que hablaba el Niño Dios, y la Sacratísima Madre con la labor de sus manos, y con su santísima conversacion, y trató humildísimo se robaba los corazones de los Egipcios: y ya por ver al Niño Jesus, que con su presencia alegraba los corazones mas afligidos, y tristes, y ya por tratar á su Santísima Madre, le harían algunas visitas, y lo mismo los Egipcios al Señor S. Joseph, por lo amabilísimo de su condicion, y desinterés en su trabajo; y con esta ocasion puedes pensar que tal vez viendo el Santo glorioso á su Divina Esposa, y al Niño Dios en tanta pobreza, y necesidades, le diría, que si era servida admitiese alguna oferta de las que le hacían los amigos, para siquiera estar con la poca comodidad que estaban en Nazareth; porque el trabajo de entrambos, apenas alcanzaba para el alquiler de la casa. A esto has de pensar que respondía nuestra Señora: Esposo, nosotros no sabemos el dia en que el Señor nos mandará volver, y pue-

puede suceder mañana; pues para un dia ¿ para qué nos habemos de prevenir? Pasemos así, que con eso estaremos mas prontos á salir quando fuéremos mandados. De esta manera pasaron siete años. Piensa tú lo mismo, devoto, de esta Reyna: desterrado estás, y por determinado tiempo: no sabes quando serás llamado; y así no echas raíces, para estar mas desasido al tiempo de la partida: pasa con pena tu destierro: no busques descanso hasta volver á tu Patria.

172. Considera como cumplidos los siete años, apareció el Angel del Señor á San Joseph, y le dixo, que con María Santísima, y con el Niño Dios volviese á la Patria, porque ya estaban muertos los enemigos que buscaban la vida del Niño para quitársela. Piensa los dos puntos: que vuelva á la Patria con María Sacratísima, y con el Niño; con esta santa compañía volverás seguro á la Patria perdida: no, no camines sin ellos. Piensa como el Señor no volvió hasta que murieron los enemigos de su alma. Mira que tampoco volverá á la tuya, mientras en ella mandaren, y vivieren los enemigos del alma, que son Mundo, Demonio, y Carne: han de morir primero los que buscan el alma del Señor para quitarla: mátalos, házles guerra, si quieres

que vuelva Dios, desterrado de tu corazón: mientras estuvieren vivos, esto es, mientras vivieren en tí estos enemigos, ten por cierto que se ausentará de tí tu Dios.

173. Considera como nuestro Señor no quiso que su Madre Santísima tuviese ni alivio, ni descanso en esta vida en parte alguna. Piensa como la tuvo siete años suspensa en Egipto, de dia en dia, sin saber quando habia de volver, como ya queda dicho. Piensa mas, en que á los siete años tenía nuestra Reyna muchos aficionados en Egipto, y que entonces ya por razon natural habian de ser menores las necesidades, y trabajos, porque los devotos era fuerza que atendiesen al socorro de quien les habia robado los corazones, y entonces dice el Señor: Ea, volved á la tierra de Israel: volved á los trabajos de los caminos. Pues, Señor, ¿ no dexaréis á vuestra Madre Santísima siquiera hasta que el Niño Dios sea mas robusto, y tenga mayores fuerzas para ponerse en un tan largo camino? Dexáisla estar mientras le duran las necesidades, y trabajos, ¿ y ahora, que ya el tiempo le prometia algun descanso, la llamais? Sí, devoto: para enseñarte á tí en la Maestra de la santidad, y perfeccion, que no le permite descanso á su Madre;

dre; para que tú te desengañes, que si has de ser suyo, tampoco lo has de tener en esta vida; y así toma este exemplo, que te ponen por delante, y animate.

174 Considera en el viage que hace Nuestra Señora con su Hijo Santísimo desde Egipto á Judea; y para considerar bien este Misterio, has de hacer lo que dice S. Buenaventura: Haz cuenta que como tu Señora estaba ausente de su Patria tantos años habia, no pudiendo tú tolerar tan larga ausencia, fuiste á visitarla á Egipto, y llegaste allá, y acaso lo primero que encontraste fué al Niño Dios, que como sabia que por vér á su Madre te habias puesto en tantos caminos, y que no habias de dár tan presto con la casa, él mismo te salió fuera, y se hizo contradizo contigo, y se te dió á conocer; y tú postrado en tierra le adoraste con la luz que el mismo Señor te dió, y abrasado en su amor le besaste con gran reverencia aquellos santísimos pies. Piensa como el Señor te dá la mano con mucho amor, y cariño, y te dice que has llegado á buena ocasion, porque al dia siguiente se ponen en camino; y así, que irás en su compañía. Piensa como te lleva á su casa, y te entrá á la presencia de su Madre Sacratísima, y tú con mucha humildad, postrado á sus plantas, la saludas

con la Oracion del AVE MARIA; y acabada la Oracion, saludas tambien al Señor S. Joseph; y te le ofreces por esclavo para el camino. Dile á tu Señora, que para el alivio del camino, y para comprar un jumento, que cargue al Niño Dios, si te quieres vender por esclavo á los Egipcios: que estás determinado á quedarte allí, para que tu Señor, y Señora no vayan con tantos trabajos como viniéron. Piensa que tu Señora te dice con mucho amor: No, hijo mio: sabe que mi Santísimo Hijo vino al Mundo á redimir los esclavos, y hacerlos libres; y así no creo que te ha de hacer esclavo de los Egipcios. Piensa que el Niño, oyendo estas razones, te dice: Vuestro deseo yo le recibo, y estimo; pero esclavo no quiero que lo seais de otro que de mi Madre, ni que sirvais á los Egipcios, ni á otro que á mi Padre, y á mi Madre: mis trabajos no os den cuidado, que Yo los abrazo con mucho amor, porque vos, y todos mis Christianos no les tengais horror, viéndome á Mí abrazado con ellos desde mi nacimiento. Humíllate con esto; y descansando en la presencia de tu Reyna, dile que para tu exemplo, y enseñanza te dé parte de todo lo que padeció en su destierro, y piensa que te va diciendo todo lo que queda escrito, y que en santa ad-

mi-

miracion pasaste aquella noche hasta la mañana.

175 Considera como muy de mañana madrugó el Santo Joseph, y dispuso el avío que tenia preparado para el viage: madrugó tú, y ayúdale. Luego piensa como vinieron los devotos, y aficionados de nuestra Reyna, y del Señor S. Joseph para despedirse. Piensa con qué lágrimas, y sentimiento le hablarian á la Madre Santísima, y al Divino Niño, y como cada uno le ofreceria quanto tenia, para que nada les faltase en el camino, y cómo les pedirian licencia para irles acompañando; y que si no gustaban, se la diesen para ir á verlos á su tierra. Piensa como el Niño Dios con prudencia, y juicio de perfecto varon les responderia, que de sus cosas no habia menester nada; porque lo que buscaba era solo almas para su Eterno Padre: que esas se las guardasen limpias, y puras en la Fé, y conocimiento que les habia sido dado (que es de creer, que muchos, por la conversacion de nuestra Divina Reyna, se convirtieron al conocimiento de Dios): que en su compañía los admitiria: por eso en otro tiempo, para ir á vér á su Madre, siempre tendrian abierta la puerta; y con esto les daria su bendicion, y con ella muchos dones de su Divina Gracia. Piensa en

esto, que piadosamente puedes entender que así sucederia, y que viéndote ellos en la compañía del Hijo, y de la Madre, te aclamarian dichoso; y dichoso serás, si perseveráres en ella con fidelidad.

176 Considera ahora con S. Buenaventura en este viage, en donde tienes mucho mas que pensar, que en el que hicieron quando fueron huyendo. Considera lo primero la pena que tenia en su corazon María Santísima de considerar que ya no podia llevar en sus brazos á su Santísimo Hijo, por ser grande; ni tampoco el Niño Dios tenia edad para andar á pie por tan largos, ásperos, y dilatados caminos, porque aun no tenia ocho años, y era sumamente delicado. Esto le afligia el alma á nuestra Reyna; y puedes piadosamente pensar que le diria, que si gustaba de que admitiesen de sus amigos algun jumento para que su Magestad fuese en él. A lo qual puedes entender, que el Señor, consolando á su Madre Santísima, le diria: No ignorais, Madre mia, que de mí está escrito, que en pobreza, y trabajos tengo de vivir desde mi juventud, ó niñez; y puesto que es esta la voluntad de mi Padre, conformémonos en todo con ella. Piensa como con esta respuesta se rindió el amor de la Madre Santísima, y se sujetó al sentimiento, y pena con

Q 2

pro-

profundísima humildad. Piensa como nuestra Reyna, aunque tambien tierna, y delicada, y aunque sabía quán grandes trabajos la esperaban, como quien los habia ya pasado; con todo se olvida de los propios, y todo su sentimiento era por los que le esperaban á su Hijo Santísimo, y esto porque le amaba mas que á sí misma. Piensa tú en ellos, y perdido tu amor propio, sentirás lo que debes sentir, que por tí, y no por sí, tan temprano empieza tu Señor á padecer. Compádecete de sus trabajos, y olvídate de los propios, y en esto se conocerá si le amas finamente, ó si te amas á tí mismo.

177 Considera como salen tus Señores: míralos bien, y verás como van condenando tu fausto, tu grandeza, tu vanidad, y soberbia. Piensa como el Santo viejo Joseph sale cargado con el bastimento. Para camino tan largo, y tan despoblado, sin duda que cargaria quanto pudiesen sus fuerzas, y aun mas, fiado del auxilio del Altísimo Señor. Piensa como la Reyna Soberana no iba tampoco sin carga, porque tambien en sus divinos hombros cargaria la ropa, y frazada del Niño Dios, y alguna cosa comestible; y que quanto pudiese su tierno, y delicado cuerpo, sin duda que lo cargaria para alivio de su Santísimo Hijo. Piensa

tambien como el Niño Dios, viendo cargada á su Madre, sin duda que cargaria tambien su canastito con algun refrigerio. Y así cargados, y humildes salen de Egipto los tres, Jesus, Maria, y Joseph. ¿En dónde están aquí los Camellos, y Dromedarios para andar doscientas leguas? ¿Dónde los Pabellones, y Tiendas de Campaña para dormir en aquellos desiertos? ¿Dónde las Estufas, y Literas? ¿Dónde la Repostería, y prevenciones para hacer de comer? ¿Dónde los quitasoles, las mascarillas, los encerados, y capas de agua? ¿Donde los Gentiles-Hombres, los Criados, y la Grandeza? ¡O Rey Eterno, Señor de los Cielos, y de la Tierra! A pie vais, Dios mio, á las inclemencias de los tiempos, acompañado de penurias, de duros trabajos, y aflicciones; sin ningún consuelo; ni humano alivio. Aprende, devoto, aprende á renunciar el Mundo con sus comodidades: aprende á portarte como desterrado, y peregrino, y ofrécete á la carga de los trabajos.

178 Considera ahora en el viage, y pon todas tus atenciones en el Niño Jesus, que por lo tierno, y delicado es el que mas padece, y no pienses por junto, y como en confuso sus trabajos: si has caminado facilmente lo pensarás; y si no sabes de caminos, atien-

atiende que aquí se pondrán los quebrantos, que comunmente en los caminos se padecen, y así irás considerando cada uno de por sí en tu Dios Niño Peregrino. Piensa lo primero que el caminar á pie, y aun á caballo, quando el viage es largo, destronca, y quebranta las fuerzas mas robustas. Piensa en un Niño, que ni aun tiene ocho años, el mas delicado, y tierno de los nacidos de mugeres, como vá á pie un camino de doscientas leguas de largo, y mas de las ciento de despoblado, como dice S. Buenaventura. ¿Qué trabajos, qué cansancios, qué soles, qué sudores, qué frios, qué hambres, qué sedes, y qué congojas pasaria! En todo Egipto jamas llueve; y así solo hay vivienda en donde puede haber riego: todo lo demás son arenales muertos, que no producen sino espinos secos, y desabridos, y estos con el viento se quiebran, y las espinas se entrapan en la arena: con que el que vá caminando por aquellos parages á pie, padece cinco trabajos inexcusables, y cada uno es bastante á rendir los Dromedarios; pues muchas veces se quedan muertos ellos, y los caballos en aquellos arenales. El primer trabajo es el entrarse el pie en la arena hasta media pierna; y esto solo basta á rendir al mas fuerte; por cuya causa son raros los

que por allí andan á pie. Piensa en tu Dios Niño tan cansado, que muchas veces no podia ir, ni adelante, ni atrás, porque la ternura le rendia á tanto pisar de arena. Y no es eso lo mas, sino que has de pensar, que yendo su Magestad Divina de esta manera, quántas espinas de aquellas que estaban entre la arena se le clavian en los pies, y en las piernas, porque no llevaba zapatos, sino sandalias; y es de creer que el Niño Dios las sufria, hasta que el rastro de la sangre se conocia en la arena, y entonces; con qué dolor, y pena se las sacaria nuestra Señora! ¿Qué afliccion la del Señor S. Joseph! Y como los consolaba el Señor, diciéndoles que no se afligiesen de lo que él se gozaba: que si no sabian que habia venido á derramar su Sangre por los hombres, y que las mayores congojas eran el no derramarla toda desde luego: que dexasen salir aquellas gotas, para que si quiera en aquello se desahogase su corazon. Mira los desahogos de tu Dios, y mira los tuyos. El Señor se desahoga derramando per tí su Sangre; y tú te desahogas pecando contra él: á tí te ahoga el ansia de pecar, y ofenderle; y al Señor le ahoga el ansia de redimirte, y salvarte. Piensa lo otro en la fatiga que le causaba el Sol, que es terrible en aquellos parages, y por eso lo andan de

noche, y en Caméllos, y Dromedarios, que andan mucho; porque de día abrasa el Sol á los que caminan, no solo con sus rayos, sino con la arena, que la enciende de manera, que abrasa los pies de las cavalgaduras; y reverberando en ella el ardor, abrasa sin comparacion, mas el reflexo de la arena que el calor del ayre. Mira, y atiende á tu Dios, y á su Madre, que por i á pie, y solos, caminaban de día. ¡Qué abrasados llevarian aquellos santísimos pies! ¡Qué encendidos aquellos Divinos rostros! ¡Y qué sudados los santísimos cuerpos! Junta á esto la falta del agua, que si no se lleva, no se halla; y aunque llevasen alguna, ¡qué caliente iría! Piensa en tus regalos, en tus aguas de nieve, en tus bebidas, en tus abanicos, y en tus salsas frescas para el Verano, y confúndete. Piensa lo otro en el viento, que si les habia de servir de algun refrigerio, quando soplabá entonces les servía de doblado trabajo. Lo uno, porque así el Niño, como nuestra Señora, llevaban faldas; y si les cogía por delante, con las túnicas les impedía, y quebrantaba mas las fuerzas; y como nuestra Señora iba cargada, le era de mayor trabajo, por la batería que hacia en la ropa; y lo otro, como la arena es tan ligera, la levantaba, y les daba con ella por los rostros, y los

cegaba, y hacia otros males. Piensa luego, despues de tanto cansancio, y fatiga, que la posada era en el campo, y el lecho en el suelo. Considera tú, qué podria ser la comida, sobre no ser carne, que no la probaba el Señor, ni su Madre, y en un desierto, y pobres, que nunca pasaria de unas migas, ó un poco de fruta seca, con pan, y agua solo, y ese duro, y avizcochado, y el agua caliente, y otras veces salobre, y otras ninguna.

179 Considera al Señor, que habiendo pasado con los trabajos que has oido todos aquellos arenales, llegó á los desiertos de la Tebayda, y por ellos á las montañas, y montes altos de Palestina; y ahí lo verás con nuevo género de trabajos. Ya sabes quán distinto es caminar por llano, que por montes, cuestras arriba, y cuestras abaxo, y arroyos, quebradas, y rios; y fuera de eso, si llovía, era mucho trabajo. Dice S. Buenaventura que salieron de Egipto por el mes de Enero, y así llegarían por Febrero á estos parages, que era Invierno. Piensa, pues, en los frios que padeció el Niño, criado en las tierras calientes: quántas veces le anochecería todo calado de agua, llenos de lodo sus divinos pies, mojada la frazada, y encharcado el suelo, y sin casa, ni abrigo para la noche: con que si habia de descansar, habia de

de ser en el suelo mojado, y frio, y el pocobastimento que llevaba el Santo Joseph, mojado. Piensa á este modo quantos trabajos son imaginables, y cárgaselos todos; porque á ninguno huyó el cuerpo santísimo por tu amor.

180 Considera con S. Buenaventura, como habiendo llegado nuestra Señora, y el Niño Dios á lo último de aquellos desiertos, se encontró con S. Juan Bautista, niño de nueve años no cumplidos, que hacia penitencia en aquellos montes, y puedes hacer así la consideracion: Que estando el niño S. Juan en oracion en su cueva, retirada del camino, tuvo revelacion de que su Tia, y Primo venian de Egipto, y de todos sus trabajos, y hambres, y de todo quanto habia pasado en los caminos; y el Santo niño se levantó, cogió un canastico con langostas, panales, y frutas silvestres, y se baxó al camino á esperarlos. Llegaron; y el niño Juan con luz divina conoció al Niño Dios. Piensa con quánta reverencia se echaría á sus pies, y atiende á la humildad con que le adora, y dá las gracias por tantos beneficios como le hace con su venida. Piensa, como el Niño se regala con aquella alma pura, como le levanta del suelo, y con amor, y cariño excesivo le abraza, y luego lo llega á su Santísima Madre. Mira como el niño se ar-

rodilla, y sumilla á los pies de su Tia, y le dá la bienvenida, y con muchas lágrimas siente el verlos tan maltratados, asoleados, y trabajados de los caminos. Mira con qué amor abraza nuestra Reyna á su Sobrino, y cómo se sientan, y descansan con él; y no pienses que se olvidó el niño Juan de pedir su bendicion á S. Joseph; y luego cogió su canastico, y puesto de rodillas ante el Señor, y su Madre, fué sacando el regalito, que les traía, rogándoles que tomasen algo; y por darle gusto lo hicieron. Y por último, es de creer, que el Santo Ermitaño les convidaria con su cueva, y que la Reyna del Mundo le pediría á su Santísimo Hijo, que se quedasen aquella noche en la cueva del Sobrino. Piensa qué noche sería aquella, y qué coloquios entre los quatro, y como habiéndole preguntado nuestra Reyna por los ejercicios, y vida espiritual, le enseñaría otros mayores, y de mayor perfeccion, y luego por la mañana, dándole su bendicion, se despedirían, dexándole el alma llena de inmenso gozo. Aquí puedes tú alargarte á la oracion que tuvieron, y como todos estaban pendientes de las palabras que hablaba el Niño Dios, y como se recogieron á descansar, y el niño Juan les guardaría el sueño, puesto de rodillas en altísi-

